



CHARRY LARA:

POESIA Y EXPERIENCIA HUMANA¹

Otto Morales Benítez*

Colaborador de *Generación*

Mi primer encuentro con el nombre de Fernando Charry Lara, ocurrió en 1940. Estudiábamos ambos derecho. Él en Bogotá, mientras yo lo hacía en Medellín. Dirigía en esta ciudad el suplemento *Generación*, en la compañía de Miguel Arbeláez Sarmiento, en el periódico *El Colombiano*. Esas páginas lanzaron a quienes después publicaron en los cuadernos de *Cántico*, que dirigía el poeta y novelista Jaime Ibáñez, y quienes más tarde se vincularon a *Mito*. Me gusta recordar esa hazafia, pues desde provincia se le dio impulso a los nombres que luego concurren a ser el centro de la creación intelectual en Colombia. Un día llegaron de Charry Lara sus poemas "Blanca taciturna" y "Noche del alma", y otros más, que después harían parte de su primer libro *Nocturno y otros sueños*. Los leímos con devoción y aparecieron en la siguiente edición dominical. Desde allá viene nuestro atisbo de esa alta calidad de poeta que ha ennoblecido nuestra tradición cultural. Desde esos años, hemos alcanzado a recrear nuestro fervor por su obra, la cual proyecta sensación de plenitud y madurez desde el comienzo de su ejercicio poético y crítico. Nos permite cercanías a la hondura de su mensaje lírico y a su razonar, porque ha consagrado en discretísimos anuncios esparcidos en diferentes oportunidades, los indicios de lo que ha orientado su pasión intelectual. Deja explícitos el rigor, entereza y dominio en las pruebas mentales a que se ha sometido. Dignifica nuestro transcurso literario y le da estética y primacía conceptual.

No es un poeta que aparezca improvisando, subyugando a su sensibilidad y al espontáneo llamado de su instinto lírico. Viene de fuentes nutricias muy singu-

¹ Ponencia leída en el IX Congreso de la Asociación de Profesores Norteamericanos Colombianistas, el 27 de julio de 1995.

* El doctor Otto Morales Benítez (Riosucio, Caldas) es abogado de la Universidad Pontificia Bolivariana. En su extensa y amplia actividad política, profesional, académica y humanística, se destacan sus ensayos literarios, históricos, políticos, sociales y jurídicos. Es miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua. Ha publicado más de cincuenta libros en las disciplinas mencionadas, así como numerosos artículos en revistas especializadas y en publicaciones periódicas nacionales y extranjeras.

lares. Le ha exigido precisión a su inteligencia, y su producción puede calificarse de breve ante el torrencial torbellino creador en la nación. Hay que destacar la limitación deliberada impuesta a su obra y la exigente disciplina para escoger temas, lenguaje y temple estético. Es ejemplar su caso frente a la tarea que cumple la inteligencia colombiana.

Los libros de Charry Lara

El poeta y crítico ha publicado los siguientes libros:

Cántico (1944)
Nocturno y otros sueños (1949)
Los adioses (1963)
Lector de poesía (1975)
Pensamientos del amante (1981)
Poesía y poetas colombianos (1985)
José Asunción Silva. Vida y creación (1985)
Llama de amor viva (1986).

Es una obra intensa. Refleja profundidad su mensaje poético y es de sabia y honda erudición su visión crítica. Hay que celebrar lo que ha entregado para emoción y reflexión de sus lectores.

Qué es la poesía

Hay que estudiar esta obra con cautela para entrar en sus misterios y revelaciones. No es producción que se acomode fácilmente a las diversas sensibilidades; y solo quienes la lean con serena emoción, inclinados a valorarla y apreciarla sin desvíos retóricos, llegarán a la hondura de su mensaje. Él, como autor, no improvisa ni se lanza a la ligereza concupiscente de la inteligencia. Por ello, el lector debe aproximarse con riguroso desvelo y con pasión mental por tratar de adentrarse, en comprensión, hacia el creador.

Para juzgar su obra necesitamos identificar sus definiciones. Por fortuna, las ha escrito; pues no se ha desentendido de expresar su credo estético. Leyendo sus raciocinios, nos damos cuenta de cuál es el norte y el afán que estremece su obra. Es una voluntad de forma poética, que no todos los musagetas se expresan con el alcance de la suya y su resplandor. Lo ha logrado, pues viene de fuentes nutricias cardinales del razonar. Su vigilia no es solo sobre el poema. Se relaciona con otros aspectos de la cultura.

La primera observación: su medida es el hombre. La primera definición advierte que "los poderes de la poesía se relacionan sin temor a incurrir en exageraciones ni exclusivismos, con la capacidad que ella pueda tener de revelar el *oscuro* ser humano y a su alma insobornable". Hay que destacar, como de capital importancia, el sentimiento de claridad que conduce parte de su razonar. Esta advertencia se complementa cuando declara que "queríamos

conciliar la vigilia y el sueño, con la conciencia y el delirio". Ya no queda nada excluido. Pero remarca otra vez la concepción inicial: la poesía es un acto de fe en las posibilidades del hombre".

Un reportero le formuló la pregunta de si se consideraba poeta en la dimensión que tiene esta palabra de eminente. Él contestó de inmediato, preocupado por semejante dictado trascendente: "Es muy difícil definirse como poeta, porque yo creo que no existen poetas de una especie o de otra, sino que lo fundamental es que exista el temperamento, y la combinación artística para coronar, para llevar adelante el temperamento poético".

Si alguien tiene dudas de su posición frente a la poesía, podríamos citar otra de sus afirmaciones, porque irradia certezas: "Un penetrante sentido crítico, azuzado en algunos por una auténtica vocación poética, ha inducido entonces a entender la poesía como una grave y profunda respuesta a los interrogantes del ser, a los problemas propios del destino y de la situación de todos los hombres... Hacia una escritura en la que el poder de revelación del hombre sobre el hombre desarrolle su plena eficacia, en los órdenes de la imaginación, del sentimiento y de la inteligencia, debería tender siempre, como se ha aspirado, el esfuerzo del poeta". Éste, pues, no tiene por qué equivocarse. Las premisas, los conceptos y sus deberes los expone sin dubitaciones.

Una página esclarecedora que lleva por título "Sobre mis primeros versos" (1985), nos permite avanzar en algunas otras precisiones. El concepto de poesía no tuvo en el autor vaguedades, ni se debatió entre simples fervores mentales y agudísima sensibilidad. Él tenía explícitos los conceptos: nunca desligó las experiencias intelectuales de las vitales y ninguna de ellas tuvo primacía sobre las otras. En la generación española del 27, los poemas que le gustaron fueron los que denunciaban más tono de libertad y rebeldía, porque prevalecía el anticonvencionalismo. Entre sus epígonos, Vicente Aleixandre y Luis Cernuda lo atan en adhesiones a su obra. Porque acentuaban el rechazo a la oratoria y la declamación, que habían relumbrado en tiempos recientes.

Es una reacción contra la "literatura" en la poesía, porque ésta acusa solohabilidad. El significado es el que hay que perseguir, porque le habla directamente al entendimiento. Aun cuando es innegable que la poesía es un "orden inalterable de palabras igualmente no sustituibles". Su mensaje debe suscitar emoción. Y su relación con la música conduce a la melodía, que es esencial en su invención. Apelando a Novalis, repite que a la lírica es a la única que se le puede dar el nombre de poesía. Y clarifica: no a la poesía sentimental, ni a los pensamientos y sentimientos "elevados", cuando se usan peyorativamente.

Más adelante hace deslindes con el grupo de "Piedra y Cielo". A éste se le deben gracias, finuras, preciosismo. La generación de Charry Lara aparta a Juan Ramón Jiménez como ejemplo. En cambio, Antonio Machado adquiere una categoría para solazarse en su mensaje: "queríamos ser más asordinados, más subjetivos, más líricos... con un acento fundamentalmente expresivo, más que esbelto y

revelador del hombre". Las separaciones van a quedar explícitas: se debilita el adorno, se baja importancia a lo ingenioso. Y se hace enumeración de que no debe gobernar al poema el brillo de los vocablos. En cambio, acentúa su vocación por las "estaciones nocturnas de la poesía". Es cuando resalta que del surrealismo lo atraía capitalmente su rebeldía.

En otro de sus ensayos, "La crisis del verso en Colombia" (1959), agudiza aún más sus cavilaciones en torno de la poesía. No permite que haya equívocos. Cada generación escoge "determinadas modalidades de forma". Esto es lo que les da un estilo. Los modernistas colombianos algunos con aspectos parnasianos, con perfecciones en la forma, avanzaban, inclusive mezclando a los simbolistas. Repite que "Piedra y Cielo" se caracteriza por la ligereza, la levedad, la esbeltez.

Crítica que en Colombia, durante muchos años, predominó en la poesía la pureza idiomática y la corrección gramatical. Esos afanes volvían pesado todo el andamiaje. Concluía que, en gran parte, aquella era una demostración de oratoria, sirviendo eficazmente al discurso y no a la lírica. No tuvimos influencia de las vanguardias y solo en Luis Vidales se asomaron algunos de sus dones. Hay que destacar que después de "Piedra y Cielo" aparecen nuevos nombres y hay variedad de tendencias para concebir lo lírico. Se demoró la inteligencia nacional en descubrir "la fuerza y las gracias desnudas de la poesía". Como se renunciaba al preciosismo, no querían notificarse que, en cambio, se ataba con los interrogantes del ser, con su destino, y que se volcaba a interpretar la situación de los hombres.

Ello le llevaba a concluir que existía una crisis en la poesía colombiana. Incita a las nuevas gentes para que busquen su propio lenguaje. Anota con mucho énfasis: "Existe una prevención contra el verso surgida con el pretexto de la mentalidad práctica, pero que, sin embargo, no obedece a ninguna actitud reflexiva, sino sórdida, ininteligible a la nueva superchería de la época". Así, está alertando y pregonando los dislates que pueden llegar a prevalecer. No abandona sus tesis. Al contrario, las reafirma, les da amparo y las proyecta. Precisamente, su poesía obedece a unos principios que arrancan de su propia convicción. Nos está alertando y poniendo en posesión de su propia versión de cuál es el mensaje del poeta contemporáneo, de quiénes son sus compañeros de ruta: "La poesía debe despertar siempre en las zonas más hondas del ser, sin menosprecio del instinto ni de la inteligencia, logrando para sí un equilibrio coincidente en el que importa tanto la profundidad como la lucidez del misterio". Su autor tiene unos deberes éticos a los cuales no puede renunciar. Para que no queden dubitaciones, vuelve a aclimatar su conclusión en el mundo que circunda su producción: "Su mensaje alcanzará una plena fecundidad y permanencia si en él se conjuga el desarrollo armonioso de su voz de hombre y de su voz de poeta".

Queda manifiesta su filiación. No puede el lector desorientarse. Si esto le sucede, es por falta de atención a un credo explícito, contando con noble interés en que no cursen equívocos.

Deslindes críticos

Para percibir con mayor amplitud y penetración la irradiación estética de su poesía, apelaremos a tres testimonios de generaciones diversas. Ellos establecen la calidad y resplandor de su mensaje. Nos sirven de guías con sus juicios críticos, para entender cuál es su situación frente al mundo de la creación. Vicente Aleixandre, con su pulcra y fina manera de verter sus posturas críticas, nos cuenta que éste es un nombre nuevo en el panorama poético y que "no se conformaría con el remedo de lo anterior, sino que adelanta un eslabón distinto para la sucesión libre y encadenada que es la voz del hombre". Con fino trazo va revelando linaje y vocaciones: los temas eternos del hombre —el amor, la esperanza, la pena, el deseo, el sueño— trascendidos al mundo que lo rodea, son los de ésta poesía, que parece arrastrada por el vasto aliento de la noche tentable... Frente a la pesadumbre grave, algunos versos de este libro tienen la pincelada fluida de la tristeza". Es un testimonio como gravitación del primer libro que leyó el español del colombiano. Es el testimonio de un poeta mayor en edad, dignidad y gobierno del mundo de la inteligencia. Con perspicaz agudeza se vinculó a su mensaje y la proyección de su obra hacia el futuro.

Otro poeta excepcional colombiano, Eduardo Carranza, de la generación anterior, dijo que su poesía "se refiere más que al oído o a los ojos, directamente al espíritu".

Para completar el cuadro de reacciones frente a su poesía, otro poeta y escritor posterior a Charry Lara, Jaime García Maffía, apelando a la evocación y al recuerdo, nos indica que aquel "va de la imaginación al misterio, del mundo físico al espiritual, cargado de sensualidad y de sueño, de ideal y nostalgia en el choque entre la realidad y el deseo... El lenguaje de Charry, volcado hacia la música interior de las frases y a la secreta combinación armónica de los vocablos, más próxima del silencio que del decir, combinando sortilegio y reticencia, para que la impresión del conjunto del poema sea la portadora del contagio poético... Es patente la reflexión sobre cada verso, cada palabra y cada efecto de silencios y pausas".

Estos tres testimonios de personas que ocupan sitios extremos en la emoción estética, alcanzan a dibujar un retrato delineado de lo que son las estrofas, conturbadas y líricamente penetrantes, de la obra de Charry Lara. Lo exaltan con admiración escritores de diferentes territorios culturales.

Asomos a su poesía

Avancemos sobre sus cantos. Insistamos en sumergirnos en las inquietudes que atenazan su creación. Volquémonos sobre su amplio conocimiento del misterio poético.

Hay algunos temas que persisten en su poesía, que tienen mayor consistencia que otros, que, en forma constante, le dan su aliento y su compañía. En el poema "El verso llega de noche", nos pone en la cabecera de uno de sus temas

predilectos. Aquí lo une a la ciudad que tiene tan reveladora presencia en sus cantos. Él es hombre urbano, uncido a su destino, sin haber compartido otro ámbito que lo lleve a la nostalgia, la cual siente en la noche: lo ampara con sus "ámbitos callados", con las plazas solitarias, con el aire que pasa, incesantemente. El viento golpea las ventanas, con un acento lúgubre. "La ciudad nocturna" va acolitándonos con unas sílabas que se escuchan intermitentemente, en medio de la niebla y la lluvia. Es la noche sedienta, innúmera, en donde nos sacuden la opacidad, los deseos, el silencio y la amada. Ésta es como la encarnación de los sonámbulos sueños, de los adelgazados deseos, de los mundos extraños. La urbe transforma su ambiente; creando la sombra de una cabellera le permite declarar: "Nunca hemos amado tanto, nadie". Se siente la tierra. El verso consiente ceñir "los cuerpos delgados de las mujeres", suspendidos en la música. Las sílabas las tomaban entre sí, "como voces ardientes, como llamas". Se salvan esas horas, es decir, "el poema de la noche", por ser un recuerdo "herido por el filo de un beso". Éste simboliza la penumbra del amor. Solo quien tiene un enraizamiento tan profundo con la ciudad, con sus misterios y sus sacudimientos nocturnos, puede escribir las estrofas de fundamental raciocinio—entre el deseo y la nostalgia— que acompañan la obra de Charry Lara.

En "Jardín nocturno" sigue pasando la noche. Habría qué preguntar: ¿Cuántas veces ella está allí, primordialmente sacudiendo la existencia de los seres? Lo mismo se podría interrogar en cuanto a la lluvia, al frío, y a la niebla. Son constantes que se confunden con un Bogotá que vivimos y que, lentamente, se ha ido transmutando. En el canto se describen la mancha de cielo azul, los árboles, las nubes que propician la adumbración. Los sueños y lo que uno construye, se miran con la perspectiva de la lejanía. Así pasa el tiempo y viene el delirio en la soledad. Busca el poeta que en su canto transcurra nuestra vida, como un reflejo de lo que es la existencia. De lo que construimos y, luego, el tiempo derrota.

En los "Versos del anochecer" pasa la nube, mientras caen las hojas que son como "lentas respiraciones amorosas". A veces invade la desolación de lo que fue, cuando se desea entregar una "nueva imagen". Así va aleteando como una "mariposa sonámbula", que es el símbolo de lo que nos golpea adentro, con furia interior. Es cuando comenzamos a interrogarnos. Cuando caen las manos que se sienten inútiles y que el combate que se ha librado no tiene la dimensión de lo soñado.

La noche la ata al amor, lo mismo que a la conjetura y a la desolación. La luna, que ejerce una fascinación en la poesía de Charry Lara, solo nos ofrece resplandores pálidos, de estremecida blancura que cae sobre las cosas y los seres. Su virtualidad alcanza a revelar un mundo convulso, tanto en lo exterior como en los deliquios interiores.

Lo nocturno

Cuando este valor, lo nocturno, lo toma en su poesía, van creciendo la soledad y el silencio. Éstos se anudan con dos elementos igualmente nostálgicos y

recelosos: el recuerdo y las aprensiones. En medio de tan confuso panorama, en "la hora nocturna, revive mi embeleso", como él dice. Es el sueño en donde predomina el deseo. Por allí pasan las "misteriosas criaturas". La luna vuelve a proteger esa sonámbula región, enigmática y conturbadora. Ello acontece en la noche que tanta fascinación despierta en el poeta. La une a la sangre lo mismo que al mar.

Este es otro de los temas culminantes en su mensaje. Lo une al tiempo y alcanza la sensación de la permanencia y, a la vez, de la relatividad. Lo entrelaza con el amor, con la lucha del hombre, y por su dramática inmensidad al advertir en él relación con la muerte. No hay elemento básico que no roce esta poesía. "Nocturna lejanía" es un bellissimo e intenso canto al mar. A pesar de lo que ve ondear en el día, frente al sol deslumbrante, el poeta lo ama en la noche, con la luna dándole perennidad de mármol. Así lo puede comparar con la muerte, que es "un movimiento frío". La identidad, la soledad, el mar, y las ondas que se confunden con los oscuros deseos. De pronto se levanta la pregunta que inquieta: ¿será así la existencia inexpresable como el mar? Él mismo responde: "Los besos y las lágrimas, espuma y sal serán".

Pero el juego de la vida continúa y se extiende. Los cuerpos se buscan. Hay otras fuerzas que separan, condenan y conducen a la desesperación: "la luna, un resplandor como de olvido". Se interroga, otra vez: ¿ese silencio, esa actitud callada de la noche—vuelve ésta con su presencia— para qué se hizo? Y la verá crecer poderosa sobre el mar. Es un fenómeno admirable y extraño: el único comparable con el furor desatado de éste.

Regresa con su persistente dominio la luna. Ella servirá para hacer una relación con la muerte. Aquella palidecía—vuelve lo blanco a imperar—caía sobre el mundo y se producía un "movimiento frío". Ya no es estático y marmóreo. Al contrario, tiene una fluidez. El poeta nos sentencia que "así se congelará la sangre un día, fatigada y callada, sobre mi corazón". Son las olas de la sangre que recorren el cuerpo humano. El mar, pues, nos trae, otra vez, la similitud de la vida: los cuerpos se buscarán entre sí como la hacen las olas. La luna en el mar es como la "fatiga estéril de los hombres sin resplandor, como de olvido".

Este poema de Charry Lara es hondo, sugerente. Fraternalizan en significados el mar y la lucha del hombre. Suben las oleadas de la sangre, como el furor marino, hasta alcanzar la muerte. Los símiles son de un dramatismo tan conturbador como el agua en sus inmensas furias.

Cuando publica "Al mar la sombra mía", nos está indicando cómo para él tiene una "tristeza de perfiles lejanos". Lo llama con voz de amargura. Viene un fuerte contraste, porque él confía en la alegría. Pero lo inquieta su tristeza remota, que la va uniendo a la muerte. Es un canto en donde la sugerencia tiene más dinámica de grandeza y poder, que lo dice explícitamente. Se sumerge en lo hondo, en lo subyacente, en lo que nos gobierna en procesos de intimidad.

En "Sin deseo", evoca los instantes, las furias, el resplandor del júbilo que se confundía con el sol, con su "fulgor desmedido", que convoca a la plenitud de ardores y de sueños. No podía sostenerse ese clima de mediodía en su poesía: va

primando la soledad. Sigue convocando a ésta, a pesar de que las escenas que lo rodean no son las más propicias, en medio del campo, de la ciudad, en la tierra que la cubre con un verdor tibio. Nada detiene la reflexión melancólica: "así la vida será venir la muerte lentamente".

Los aleteos mágicos de la sensualidad

Encontramos que la sensualidad va entrelazándose en medio de tantos signos destructores del hombre. Su imperio es dar resplandor, acicatea la conciencia luminosa del mundo. Cómo van entrando en medio de dulces sugerencias, palabras que se adelgazan, sueños que desatan el delirio en la media noche, la evocación que nos trae la imagen de las dulces complacencias, el hombro confidente, las manos que levemente se entrelazan. Los signos los encontramos más que dispersos, casi pudibundos, en esta sugerente poesía. Porque a su autor lo gobierna un signo de pudor. Los oscuros deseos tienen su sitio. Sin que puedan irrumpir con el júbilo primitivo que gobierna las escenas estremecedoras. Al contrario, aquel se presenta sigiloso y prudente. Lleno de severo control en sus avatares. Hay una fuerza vigilante para que no arrase el despropósito pasional. Es un signo en esta obra.

En "Blanca taciturna" entusiasma el canto al amor. A los signos que arman la solidaridad. A aquello que es la fuerza del "silencio enamorado". Pasan el gesto que insinúa y consagra el momento del intenso rubor o de la alegría de los sentimientos. Así mismo la nostalgia, el sollozo, el nombre que se repite sonámbulamente, el brillo en la tarde. O, como lo dice el musageta, si "tuviera yo tu mano entre mis manos".

Y va ampliándose aquel en lo que se vigila. Desde "Adolescencia" donde hay un eco de ansias, de incertidumbre, de desvelo. Se vive en suspenso, el cuerpo desnudo bajo las sábanas está inmóvil. Apunta el sueño que busca la calma. El insomnio se expresa en círculos que van denunciando las "maravillas inmensas" del amor presentido.

En su poema "Antes" no asoma éste. Las frases sirven al tejido del misterio. Se evoca a la amada, se invoca el levísimo movimiento de los pasos, el mutismo, y todo se convierte en forma barruntada, en lo que cruza, incierto, por el aire. Qué discreta manera de no tolerar que se revele su intimidad. La cuida explícita y cavilosamente. En los adjetivos está lo que se refiere a materias distantes del júbilo amoroso. Éste no logra apaciguar porque irrumpe, torrentoso, el fuego interior.

Cuando leemos "Llegar en silencio", advertimos que allí está descrito el amor en ensoñación. Es cuando reclama que anhela una "silenciosa figura humana". Es un rostro que aparece en la noche. El poeta no puede menos que explicitar su ardor: "quiero unas manos, un pecho, unos devoradores labios / todo lo que el nocturno cuerpo nos entrega". Se prolonga así el deseo y se vuelve endemoniado giro en la existencia del hombre, porque es el instante en que predomina "un cuerpo abandonado calladamente sobre otro". Vuelve a hacerse presente el do-

minio pudoroso que gobierna esta poesía. Quiere, por ello, el amor silencioso. A pesar de su hondura, de su abandono total, que avance calladamente. Que el delirio crezca sin estridencias. Inclusive en su poema "Tendido en el lecho", vemos cómo se unen las olas insondables del amor y cómo avanzan. Principia el poeta a cubrir de recato lo que lo inquieta y atormenta en la oleada de estremecimientos humanos. La mujer amada le sirve como pretexto para enumerar la evocación de las cosas: la noche, el mar, la reminiscencia de la tierra. Irrumpen las luces de la voluntad amorosa, que no logra eludir. Es cuando nos cuenta que la voluntad está "lívida ante la sola desnudez deslumbrante". Se vuelve a arropar con otros signos, que lo lleven a lo lejano. Que no lo sometan a las furias corporales. Entonces pasan evocaciones de países extraños, el otoño, el anochecer en invierno, el paisaje, la ciudad que se va descubriendo en las horas nocturnas. De pronto lanza como una condena para evitar las crepitantes llamaradas del amor humano. Le ordena a la amada: "No despiertes a la vida". Son voces que apenas rozan, son los testigos de las horas de vigilia, a pesar de que son la cruda y dinámica existencia. Así, entre la nombradía de las fuerzas crepitantes que mueven su sensualidad y las pudorosas palabras que la esconden, desvían y lo controlan, va avanzando el amor. El cuerpo de la mujer queda alumbrando la memoria. Se le señalan símiles, ligeros refugios para que no se muestre detonante y arrolladora. Se le ponen unas ligeras nieblas donde se esconde la furia elemental.

Hay cuatro poemas, "En invierno", "El suburbio", "La ciudad", y "La madrugada" en los cuales retoma la urbe como parte de sus preocupaciones poéticas. Está aquella allí, pero casi siempre en la noche, en el instante del silencio. Cuando el ser se repliega sobre sí mismo. Se vuelve reseña riquísima de la atmósfera urbana que se habita. Además, se acompaña de las nubes, el aire, el frío, la desolación en la noche para el hombre. El invierno goza del privilegio del agua y del relámpago. Es cuando, como símbolo del amor, "cruza un ave triste". La evocación de la poesía salva todo del naufragio. Aquella la recorre, lo que sólo es alarido, eco, distancia: una mujer, una nube. Nadie las ve. Son igualmente aéreas. La noche, la plaza, el mundo que crece. La "muerte y la vida avanzan". Así van los seres: "mueren, aman..." En el amanecer, se nos hace identidad la que es invernal, en la cual desesperamos en el amor un "día que no ha sido". El poeta se pregunta: "¿Qué es? No sé si realidad o beso, luz o sueño". En "Adivina el verano", la niebla sitúa al cantor en lo remoto de otros países. Compara las comarcas con algo prodigioso y distante "como el dulce cuerpo de la noche de amor". Pero él no tolera que sus sentimientos sean explícitos. Al contrario, se descubren allá en lo recóndito. Se recatan en el nocturno esplendor, mientras la naturaleza facilita que asomen cielos, árboles, nubes, mientras el tiempo explende, luminoso en el verano. Lo que predomina es el desvelo del ansia, la cual otra vez se torna melancólica, pues acontece "entre los adioses". Hay algo deliberadamente enigmático en muchos de los cantos de Charry Lara. En ellos recoge sus vivencias y no las

cuenta en plenitud. Al contrario, les tolera que asomen sigilosamente. Se detiene, prudente y, por entre penumbras, tolera, con reticencias, con recogimiento, con pudibundez, que se manifiesten, en el anhelo amoroso o la tierna evocación. Se manifiesta un gran temor. Habría que preguntar: ¿de qué? Quizás de la existencia. De su punzante y permanente necesidad de recogimiento. Porque no quiere que lo perturbe ese "encantamiento frío" que es la mujer para el poeta.

El silencio, la soledad, el viento

En esta excelente y sugerente poesía cruzan, azotando el viento, la soledad, el mutismo. Al leer "El solitario", tenemos la sensación de que venimos de descubrir el pensamiento o de acercarnos a él, o el de rozarlo en su intensa dramática. Es cuando se exclama que se está "andando solo sobre tu sombra". En "Olvido" arrasan con su extraña lejanía la media luz y la desmemoria. No existen las horas de la euforia, porque ellas son, por cierto, taciturnas. Son la ceniza, los escombros de algo sucedido. Nada le da aliento a la existencia; ni el crepúsculo ni la tarde ni la noche. Predomina la nostalgia. Están los insomnios deshabitados. A cada expresión la cruza inquietante soledad, al pasar meditabundo el hombre por la tierra desgarrada. Todo se va interrelacionando en esta poesía. En "Cielo de un día" vuelve a cantar a las nubes, que le sirven de pretexto, allá remotas, para hacer sigilosa manifestación de su soledad, y cómo por su frente pasa una "tristeza sedienta". Igualmente, avanza el perfil de un amor, cuando las nubes están allá altas, inaccesibles, pues así como ellas, remotas, sus frases vagan en la poesía. Traen a la memoria lo que dijo Rainer María Rilke en su libro *Testamento*: "debo vivir sin fronteras dentro de dicha soledad". Y agrega: "¿qué fuerzas se han concertado para confluir en mi corazón?... Se retiran, si lo hallan habitado". Nuestro creador Charry Lara no se detiene: "Secreta vida" es un poema-pregunta. Ésta es simple y estremecida. Se refugia en la evocación que es "imagen del sueño y de la vida". Otra vez, hace esa rememoración entre la lluvia, las fechas vagas, en la noche, sacudido por la brisa y van pasando los mares, las calles, el humo. La ausencia de evocación.

Se va acentuando su vocación por el canto a la naturaleza. Pero en relación con lo íntimo, lo remoto en el pensamiento, lo calificado en la ensoñación y el deseo. "Tristeza del oeste" es un poema a la tierra desconocida. No se tiene conciencia de si hay ríos o no. Es donde "crecen los sueños del olvido". Es realmente un paisaje impenetrable: el del exterior y el del alma. En el poema "Las tardes" nos acerca a los fenómenos complicadísimos de la naturaleza. Es una bellísima reconstrucción de la atmósfera de las horas que recrea. Se percibe un "perfume lánguido y lejano". Reúne diversos elementos que ayuda a que se manifieste más cómodamente la desolación. A ésta la acompañan, como partes integrantes, la lluvia, que se ata a la soledad. Es el marco para que se entienda por qué el rostro pensativo. Es un poema adecuado para el recogimiento de la emoción.

En la "Noche desierta", aquella vuelve a insistir en volcar su poderío. Es tema casi imprescindible. La une con la opacidad, con los afanes íntimos de la esperanza. Bosques, hojas secas, caminos, una canción "que descendía de los labios" y está en el viento. De pronto está la presencia de la mujer: "El amor antiguo, una caricia, el deseo", que se van uniendo a los desacuerdos y a las ligeras ansias. El rumor de los árboles llega al corazón desierto; y entre ellos, crecen los afanes y éstos se amplían en voces, adjetivos y siluetas que pasan por el humo de la memoria. Repite en azogue: "algo hay sobre la tierra: la vida, esperanzas, olvido". Esto unido a las maderas, las ramas, las aves, el mar. Las rocas y las playas. Busca que se sepa que hay una dramática entonación en la existencia. Ésta, lejos, "con trémulo silencio arde sin fin". Así va uniendo los contrarios: el tonillo y lo taciturno, la tierra, el mar, para que contrasten con la noche. Hay algo pétreo que se confunde con la mudez. La sombra, la brisa y el pasado, prolongan, en símil extañoso, su sonido. En el canto "Entonces", hallamos que el desvelo se repite en elegía de amor. Aparecen la derrota y la tristeza. Es el viaje nocturno y sin regreso. Indefectiblemente, la noche sirve para la memoria adolorida que, por cierto, como signo cabal de la obra de Charry Lara, siempre se esconde con pudor.

Hay, pues, una permanente utilización de recursos peregrinos, de contrastes inusitados que van de la naturaleza a los sentimientos, tolerando que tímidamente se manifiesten los afanes del mundo interior. Es una poesía que se debate entre poderes oscuros, destellos y disimulos, que une eslabones de la muerte y de la resplandeciente alegría del amor. Se van integrando la naturaleza externa y la íntima. Crecen los avatares del existir y de la muerte, entre nieblas y bosques.

Hay una larga sucesión de poemas en los cuales el signo es la prudentísima mención de las más íntimas cosas. Por ejemplo, en "Te hubiera amado". No hay que desorientarse, son de firme calado, dinámicamente centradas en la emotividad, en la pasión. La boca, los besos, el cuerpo, tienen allí sus dominios. Esto le permite declarar: "mía como el deseo que nunca se extingue". Une la decisión de la afectividad, del ansia, a valores que apagan el enardecimiento, o lo desconocen, como la nieve, la desmemoria, la luz lunar que empalidece el ambiente.

El hermano y la muerte

El hermano muerto perdura y se levanta en la memoria. Nunca ha desaparecido de la evocación, de la solidaridad, del cúmulo nobilísimo de las remembranzas: "sobre el sepulcro pasa un día y otro día". El poeta se apoya en manifestaciones que se identifiquen más con ese padecimiento íntimo y abismal: la piedra fría, la pesadumbre, la soledad, el polvo, las pausas de los diálogos que no quieren nombrar la dimensión del dolor, el desconuelo, "el tiempo oscuro", los pasos sonámbulos en los días inminentes de la muerte, la desesperación, las lágrimas, la angustia retendida en lo que se calla o se asordina, para no denunciar la aflicción. Las

escoge el creador, cuidadosamente, para que no toleren asomar la lágrima que enturbia la mirada. Crecen la sombra, la nostalgia, lo crepuscular, lo que se siente cuando cruzan la lluvia y el viento: "Nadie te espera sino el que ha sido bajo mi piel", "creo en ti por estos huesos con lo que débilmente me arrastro". Un día le impetra: "Pronuncia la más profunda palabra a mis recuerdos".

En "Fantasmas" o en el "Viajero", lo que se entrega y lo que nos ata es un entoldamiento. Los seres están en el aire. En la sensación de la distancia infinita que produce el aniquilamiento. Para mí, estos dos poemas tienen un aliento cósmico en la medida de la muerte que fraternalmente se ha reconstruido: "de su solo silencio, solamente varío". Así se viaja en los trenes sin nadie que le haga compañía. Y enfatiza que lo persigue "la extrañeza del lugar con que lo imaginaba". Y esa angustia lo vuelve a circundar en el poema a ese otro gran poeta, Jorge Gaitán Durán. Es la obstinación taciturna.

Canto de las cosas sobre la tierra

Uno de sus poemas más extensos, "Cuerpo solitario", le permite decir que viene a cantar, sobre la tierra, las cosas que se abandonan en la memoria o que inventamos, con el interés de que se le ofrezcan respuestas. Porque la vida gira en torno de los seres. Y en lo individual del hombre, hay unos labios "tendidos al deseo". Para morar se requiere llegar hasta las penumbras, el tiempo que va y viene, acompañado de incertidumbres, de anhelos. Para, al final, en el atardecer, "encontrarse con el pecho solitario".

Así va enumerando las materias. Su voz que debe caer en tu "delgado cuerpo". Anhela que éste se une a cuatro elementos como son los de la suavidad, la brisa, el silencio y la luz.

Aspira a que venga la luna para palidecer el mundo. Esa es una obsesión en su poesía que hay que registrar. En medio de ello, van emergiendo los ímpetus. Con el beso la recorría y unas manos iban descubriendo la plenitud de la mujer. Se hallaba así con el misterio de la carne donde nace la plenitud amorosa. El poeta le pide a la amada: háblame "hasta caer la pensativa melena sobre mi hombro", y que camine por la calle, el aire, la tierra, la nieve.

De pronto descubre que esos "brazos desiertos", que son el símbolo de la soledad, se confunden con la furia del anhelo, "hasta descansar en mí, hasta morir o renacer en mí".

Espera que la amada viva en sí. Solo el viento junto a ella, y que armónicamente ella y éste avancen sobre su propia existencia. Él sabe que es como una "devoradora uña", pues así desgarró el amor por dentro.

Este poema es un canto esencial al amor. Tiene poderío, se detiene en los duros trajines de la existencia. No quiere que nadie lo roce porque prima el egoísmo amoroso, y que los afanes enternecedores de la existencia se enderecen hacia el ser que ama.

Es un canto con pasión, con súbito alarde de ansias. Hay que anotar como característica personalísima del poeta que él expresa tan dramáticos instantes, con discreto idioma, con limpieza en los adjetivos que califican y convocan. Pero allí queda consagrado lo que dirige el corazón y cómo son las furias elementales del sentimiento y de la pasión.

Poemas de la violencia

Nuestra generación ha sido marcada, como ya lo hemos leído, por muchos sufrimientos colectivos. Lo que más hondamente conturbó nuestras existencias fue la violencia colombiana que comenzó en 1946. Fernando Charry Lara que tiene muy evidentes sus deberes sociales, la ha expiado como parte integral de la tragedia nacional, de la cual hemos salido desgarrados. Desde ese momento, tuvimos la conciencia de que se había hundido parte del trasegar sereno de nuestra cultura. Porque ella perturbó la inteligencia, la desvió de sus nortes, le hizo perder los síntomas esclarecedores estéticos. Es cuando el país, como lo dice el poeta, "no conoce sino manchas de sangre. El juicio de responsabilidad por tan larga y vergonzosa desgracia, que parece aún inoportuno, ha de señalar para el asco futuro a quienes, propiciándola, fueron sus inspiradores rabiosos y usufructuarios melancólicos". El creador vuelve sobre este tema que es el mayor horror colectivo que se ha padecido en la historia colombiana y del cual se prolongan sus arrebatadoras desgracias.

En "Llanura de Tuluá", se ven dos cuerpos, uno junto al otro, que parecen amarse. Propician una visión de que alegremente se comparte la existencia. No es así. Son el símbolo de la muerte: "Son cuerpos que son piedra, que son nada / son cuerpos de mentira, mutilados". En su poema "Testimonio", realmente consagra muchos de los sucesos que despiertan la amargura en el alma. Solo se ven "negros jinetes cruzar". "Los recuerdas, atroces de frío/ y de noche, caer/ sobre frágiles chozas/ entregadas/ como el desnudo de sus vírgenes/ quebrar cuerpos, manchas de sangre en los muros/ y luego perderse/ tigres sin pesadillas/ tras el aullido del aire y de los muertos".

El exilio

Hay otro instante en esta poesía en el cual se vuelve sobre la intimidad. Se detiene en ésta. Lo hace coincidir con ciertos estremecimientos interiores, los que, precisamente, no gobernamos. Los que nos conducen a la perplejidad, la confusión, el desespero, que encienden la llama ardiente de la desesperanza. El ser se siente sin territorio donde asentar el pie. En "Exilio" el hombre entristecido mira. Lo que ve son lontananzas. Y en otros días, siente que lo arroja lo remoto. Es la tierra perdida. Los deseos son la "adolescencia en olvido". Entonces declara: "Mejor será/ morir secretamente a solas". Ese es el verdadero exilio del hom-

bre. Lo tiene allí en su alma y ésta se despoja de todo poder. El ansia estremecida está allí, remotísima. Frente a la ventana, se está en desolación total. No hay protección ni nacerá una compañía.

Aproximaciones a la poesía de Charry Lara

Ya hemos visto cómo en su obra se identifican varios temas insistentes. Cada uno tiene igual importancia que el otro, por la densidad de su proyección sobre el transcurso humano. Hay fantasmas, como lo nocturno, no en relación con el fenómeno natural de la noche, sino con la perspectiva de su fenómeno en la visión interior del ser, donde cumple unas tareas orientadas hacia la desolación y el aniquilamiento. Hay varios poemas que revelan cómo es el desprendimiento de la existencia. Cómo el anonadamiento hace sentir lo destructivo de la inutilidad. Y, entonces, reflejan lo que no tiene ni ímpetu ni aliento.

Siempre ha contemplado la poesía como una "secreta amante", en su "desnudez eterna" que, a veces, logra elevarla a la evocación. La soñó Charry Lara desde la adolescencia. A veces la sentía extrañamente, como una enemiga. Era tan distante y perturbadora como la muerte en esa edad del otro, pues él vivía en plena vitalidad. Él mismo, en muchas de sus páginas, nos ha querido contar cómo la veía aparecer, a veces silenciosa, entre memorias. Otras veces avanzaba hasta el lecho y huía. Parecía que en ella estaba toda la hermosura de otro tiempo. Uno y otro día regresaba. En el poema, "A la poesía", hallamos que lo único estable era lo que aleteaba en su interior. Para él, así la poesía era y es el esplendor, la agonía, la intimidad, el amor, el vuelo, la lluvia que cae sobre hombros adorados. Es como él dice: "invisible hermosura de otro tiempo".

En su obra hay insistencia en cierto lenguaje que denuncia una persistente manera de observar el mundo. Por cierto, con tendencia a una oscuridad que sacude al ser y lo inclina hacia poderes nocturnos. A pesar de éstos, se levanta un júbilo en sus cantos. Lo único que se le exige es que no irrumpa éste con súbito estruendo. Al contrario, debe avanzar en afelpado ritmo, que conduzca al sosiego, aun cuando una llama se ve crepitante en el fondo del alma. A aquella el poeta le resta intensidad. Calificativos sombríos, desoladores, espectrales, de pronto se quedan dando vueltas en la excitación suscitadora de los afanes de su creación.

En sus poemas pasa la ciudad de la infancia. Hay reseñas maravillosas, especialmente cuando describe las horas en las cuales el invierno ha tenido su poder. Entonces, su habitante puede recogerse sobre su intimidad para encontrarla, mencionarla, denunciarla, divagar acerca de ella y codiciarla.

Nos impresionan algunas constantes que privan en su idioma. Las palabras sombrías tienen un poder de sacudido pavor. Cruzan el desierto, lo helado, la agonía, lo glacial, lo lánguido, lo melancólico, lo salobre y la derrota. De pronto, el individuo sale engrandecido en los afanes nobles y en el amor. Usa unos calificativos que desconciertan y facilitan la sensación de que algo contradictorio se de-

bate en su mundo poético. Pongamos unos pocos ejemplos: "esplendor helado", "vuelo lánguido", "gracia melancólica", "salobre respuesta".

Su poesía es perspicaz y compleja. Hay poemas casi crípticos. Su simbolismo, inapreciable a veces, se va reflejando en sutiles muertes que no nos acompañan fácilmente. Están allí con su lento paso por el pensamiento. No las sentimos sacudiendo la sensibilidad, sino sometiendo el razonar y la emoción a una fuerza más dinámica y misteriosa de la exploración. Él tiene una deliberada parquedad. Hay materias que no se revelan fácilmente. No hay retórica y él proclamó que esa era su divisa. Rafael Gutiérrez Girardot ha desentrañado con lúcida inteligencia el significado trascendental de este comportamiento estético: "la obra poética de Fernando Charry Lara constituye una excepción. En el ámbito de la literatura de lengua española, es la única que con extrema fidelidad a su pasión poética ha asediado prácticamente a la poesía".

De pronto, localizamos su mensaje alterado por la gravedad y el pavor. O va sobre la levedad y lo inasible. Escoge las palabras con meticuloso rigor para que no predomine el brillo. Por eso es depurada la calificación, aun cuando seguimos considerando crípticos algunos sistemas de su juicio final. Ello no implica que no tenga maestría en el manejo del idioma. Al contrario, éste es de una lúcida precisión e intuición. Por eso, a veces en la sugerencia está la esencia del poema. En diversas ocasiones, la brevedad y la concisión sobresalen para contar un extraño y profundo proceso humano.

Hay en esta poesía, concentración y lucidez. Se mueve en escenarios en los cuales sólo él conoce las fuentes ocultas del manantial poético. Charry Lara maneja unos vocablos austeros que le han dado un sitio muy singular en la producción poética colombiana. Esto lo entendemos mejor, si apelamos a una referencia erudita como es la de los juicios del filósofo Danilo Cruz Vélez. Este nos ha enseñado que el lenguaje poético "no es un lenguaje común", es peculiar del poeta. En éste se unen unos valores que le dan un alto sitio: subjetividad, imaginación que crea, fantasía y un oído particular para captar y proponer soluciones verbales en la creación. Rememora lo que Mallarmé dijo a Degás: "Los versos no se hacen con ideas, se hacen con palabras". Éstas suscitan, transfiguran y comprometen.

BIBLIOGRAFÍA

- Charry Lara, Fernando: *Cántico*. Bogotá: Librería Siglo XX, 1944.
- . *Nocturnos y otros sueños*. A.B.C., 1949.
- . *Los adioses*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1963.
- . *Lector de poesía*. Bogotá. Instituto Colombiano de Cultura, 1975.
- . *Pensamientos del amante*. Bogotá: Procultura, 1981.
- . *Poesía y poetas colombianos*. Bogotá: Procultura, 1985.
- . *José Asunción Silva: vida y creación*. Bogotá: Procultura, 1985.

- . *Llama de amor viva*. Bogotá: Procultura, 1986.
- . *Palabra suya*. Poemas. Presencia viva de la poesía. III Encuentro de hispanoamericanos. Santafe de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1994.
- Cruz Vélez, Danilo. *El misterio del lenguaje*. Bogotá: Planeta, 1995.
- Morales Benítez, Otto. *Estudios críticos*. 2 ed. Plaza y Janés, 1986.
- . *Perfiles literarios de Antioquia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1987.
- . *Momentos de la literatura colombiana*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1991.
- . Selección y prólogo de páginas del suplemento *Generación*. Medellín: El Colombiano/ Biblioteca Pública Piloto, 1991.
- Rilke, Rainer María. *El testamento*. 4 ed. Madrid: Alianza Tres, 1982.